

DIÓN DE PRUSA

DISCURSOS

LXI-LXXX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

DIÓN DE PRUSA

# DISCURSOS

LXI-LXXX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 274

DIÓN DE PRUSA

# DISCURSOS

LXI-LXXX

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
GONZALO DEL CERRO CALDERÓN



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL .

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA .

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000.

[www.editorialgredos.com](http://www.editorialgredos.com)

REF. GEBO371

ISBN 9788424932909.

LXI

CRISEIDA

## INTRODUCCIÓN

Una vez más, recurre Dión a las obras y personajes de Homero para desarrollar sus dotes literarias. En este discurso, corresponde el turno a un personaje de los más tempranos en el poema de Homero: Criseida. La primera escena de la *Ilíada* nos pone ante la reclamación de Crises, sacerdote de Apolo y padre de una cautiva, a quien viene a rescatar armado con las ínfulas del dios y portando los preceptivos rescates. El rechazo de Agamenón provoca la ira del dios, la peste, la discusión de los griegos y, en definitiva, la cólera de Aquiles que da origen al poema homérico.

Dión traza el perfil de la personalidad de Criseida, basando su juicio en las palabras del mismo Agamenón. Criseida no tenía nada que envidiar a la misma Clitemestra, esposa del Atrida. Más aún, toda su conducta, prudente, moderada, inteligente, la recomienda como un personaje digno de un rey. Digna de ser amada por el generalísimo de los griegos, pero con dignidad sobrada para comprender que ha llegado el momento de una separación que, para ella, va a ser también una liberación.

Si Briseida abandonaba la tienda de Aquiles con tristeza, Criseida se va del lado de Agamenón sin un mohín de contrariedad. Ello demuestra que la joven estaba de acuerdo con la gestión de su padre. Diez años habían sido suficientes para conocer al personaje, tan egoísta y arrogante como nos lo describe Homero y lo presentan sus hechos. Las intimidades de la convivencia la habían hecho conocer las interioridades de una familia, tocada por el dedo

de la desgracia. Criseida no hubiera caído en los desastres que pusieron punto final a las hazañas de Agamenón Atrida. Quizá consciente de los sucesos que se avecinaban, prefirió alejarse de la fuente de las desdichas, aunque tuviera que echar mano de la autoridad moral de su padre Crises.

La figura de Criseida no ha merecido de los autores griegos ningún tratamiento dramático, aunque su problema humano tenía contenidos más que suficientes para ello. Dión lo aborda y lo trata con la originalidad que pone siempre en sus estudios histórico-literarios. De Criseida no se nos conserva ninguna palabra concreta. Todo son conjeturas o, a lo más, gestos. Pero son suficientes para trazar la personalidad de la que, al menos en teoría y en leyenda, pudo haber sido la reina de Micenas.

## CRISEIDA

DIÓN .—Puesto que, casualmente, alabas de forma no [1] mezquina a Homero, y no haces alarde de admirarle, como la mayoría, fiándote de la fama, sino que percibes aquello en lo que el poeta es más hábil, la experiencia sobre los sufrimientos de los hombres, dejemos pasar por el momento, si quieres, las demás cosas, como los asuntos de los reyes y los generales, y reflexionemos sobre una sola mujer de entre los cautivos, cómo representa el poeta a la hija del sacerdote, a la que menciona enseguida al principio de su poema <sup>1</sup> . Pues Agamenón parece ensalzar no solamente la hermosura, sino también el carácter de la joven. Dice, en efecto, que no era inferior a su propia esposa en inteligencia <sup>2</sup> . Está claro, pues, que pensaba que su esposa era inteligente.

INTERLOCUTOR .—¿Pues qué? ¿No dijo eso precisamente [2] engañado por causa de su amor?

DIÓN .—Vale la pena observarlo. Y es que resulta muy difícil convencer a los enamorados. Porque desconfían, la mayoría de ellos, y se enfadan con facilidad, y nunca reconocen que son queridos por sus amantes como merecen, sobre todo, cuando son bastante superiores y están unidos por razones de autoridad.

INT .—Esto, digo yo, les sucede a los enamorados de clase inferior.

DIÓN .—Ahora bien, si Agamenón era de la clase superior, opinaba correctamente sobre aquélla; pero si era igual que la mayoría, no es fácil que una mujer de clase inferior

agradara a un hombre así hasta el punto de considerarla distinguida. Mas, ¡ea!, veamos también los demás detalles.

[3] INT .—¿Y qué otra prueba tienes en Homero del carácter de esta mujer? En todo caso, la representa sin hacer ni decir nada, sino entregada en silencio a su padre.

DIÓN . — ¿Pues qué? ¿No podría deducir cualquiera su mentalidad por lo sucedido con ella, si considera el asunto no con absoluta sencillez ni con simpleza?

INT .—Posiblemente.

DIÓN .—¿Hemos de creer, acaso, que Crises, contra la voluntad de su hija llegó al campamento con el rescate, a la vez que llevaba las ínfulas del dios para rogar a la asamblea y a los reyes que la liberaran, o por el contrario, porque aquélla suplicó a su padre que la ayudara si en algo podía? [4] Porque si Criseida estaba satisfecha con su situación y prefería vivir con Agamenón, Crises no hubiera elegido en modo alguno entristecer a su hija y hacerse a la vez odioso al rey, al no desconocer lo que sentía hacia ella. Pues el que Criseida conviviera con el rey, siendo amada por él, le interesaba por igual a Crises. En efecto, tanto la región, como el templo y él mismo habían caído bajo el poder de los aqueos, [5] y Agamenón era su soberano. Además, ¿cómo es que inmediatamente después de ser hecha prisionera, ni vino el padre ni se acordó del rescate, cuando lógicamente el asunto era más difícil de soportar, y sí algún tiempo después, cuando la tristeza se había hecho más ligera, y más íntima la relación con Agamenón? Pues el poeta cuenta que fue en el año décimo del asedio cuando tuvo lugar la llegada del sacerdote y la aportación del rescate. En cuanto a las ciudades limítrofes, sobre todo, las más pequeñas, era natural que fueran capturadas enseguida hacia el principio de la guerra; entre ellas se encontraba Crisa <sup>3</sup> y su templo.

INT .—Por consiguiente, este relato demuestra el gran absurdo de Criseida que, en primer lugar, siendo cautiva sobrellevaba su suerte, aunque privada recientemente de su padre y de su patria, pero pasados diez años, la soportaba con dificultad.

DIÓN . —No vendrá mal que escuches lo demás. Porque [6] nunca es agradable para las mujeres libres abandonar a cualquiera, una vez que se ha convertido en su amante, por no decir nada del más famoso y rico, el rey de todos los griegos, el que tenía el mayor poder entre los hombres de aquel tiempo, y era señor no sólo de la joven, sino también de su padre y de su patria, y esperaba conquistar en poco tiempo también el Asia. Pues Troya se encontraba desde hacía tiempo en baja forma, y a duras penas sus ciudadanos podían custodiar la misma ciudad, y nadie se lanzaba a la batalla. Y eso que el rey no se portaba con Criseida con indiferencia, sino que reconocía abiertamente que la prefería a su propia esposa <sup>4</sup> . ¿No sería un absurdo que menospreciara tales cosas y tan grandes ventajas, y lo más importante, a un amante que no sólo era un gran rey y valiente como pocos, sino joven y hermoso, como dice Homero cuando lo compara con Zeus <sup>5</sup> , para llegar a su patria que estaba conquistada, y convivir con alguno de los siervos de Agamenón, si es [7] que pensaba casarse con alguno de sus paisanos? Porque el ser una cautiva y, por eso, no querer al hombre que la ha tomado, no es suficiente explicación. Briseida <sup>6</sup> , por su parte, parece que amaba a Aquiles, y eso que se dice que había matado al marido y a los hermanos de aquella joven. Agamenón no había realizado nada parecido con relación a Criseida.

INT .—Estupendo. Bueno, pues de estas consideraciones se deduce que Criseida no quiso separarse de Agamenón, sino que Crises hacía estas gestiones por su cuenta. O si es

que quería, sería más bien una insensata, y habrías dicho un razonamiento contrario a lo que prometiste <sup>7</sup>.

[8] DIÓN.—Pero no emitas una sentencia, como dicen, sin escuchar a ambas partes. ¿No dices que Homero era un sabio?

INT.—Posiblemente.

DIÓN.—Ahora bien, opinas que dice unas cosas, pero deja otras para que las perciban los que las encuentren. Y éste no es de los casos totalmente oscuros. Pues Criseida, en un principio, prefería, al parecer, quedarse con Agamenón por las razones que he dicho, y daba gracias a los dioses porque no había sido entregada a ninguno de los menos ilustres, sino al rey de todos, y aquel no se comportaba con ella indiferentemente de modo que nada hacía por ser rescatada. Pero cuando empezó a oír en qué difícil situación se [9] encontraban los asuntos de la casa de Agamenón, y conoció la crueldad y osadía de Clitemestra, entonces tuvo miedo de su llegada a Argos. El resto del tiempo lo había pasado posiblemente enamorada de Agamenón. Pero cuando la guerra tocaba a su fin, y corría el rumor de que los troyanos no podrían resistir por más tiempo, no quiso aguardar la captura de Ilión. Pues sabía que, en términos generales, los vencedores se vuelven arrogantes y que la superstición acerca de los dioses se hace más fuerte cuando los hombres están en guerra.

Por eso, llamaba entonces a su padre y le ordenaba que [10] suplicara a los aqueos; pues se enteró, al parecer, de que los Atridas estaban dominados por sus mujeres, y de que sus mujeres se consideraban superiores a esos varones no sólo por su belleza, sino porque creían que era a ellas a quienes correspondía más bien la facultad de gobernar. Ellos eran descendientes de Pélope <sup>8</sup> y recién llegados a Grecia, mientras que las mujeres aqueas eran hijas de Tindáreo y

de Leda [9](#) . Tindáreo era famoso y rey de Esparta, de manera que por eso los nobles de Grecia pretendieron en matrimonio a Helena, y juraron que prestarían ayuda si fuera necesaria. Además, eran hermanas de Cástor y Polideuces [10](#) , quienes [11] fueron considerados como hijos de Zeus, y que parece a todos hasta ahora que son dioses por el poder que entonces tuvieron. Fueron superiores a todos los habitantes del Peloponeso. En cuanto a los de fuera del Peloponeso, el mayor poderío era el de Atenas, y combatiendo contra ella la destruyeron durante el reinado de Teseo. Más aún, primo suyo era Meleagro [11](#) , el mejor de entre los griegos.

No es que Criseida conociera estos detalles, pero oía hablar del temple de aquellas mujeres, y sabía cuán superior era Helena a su marido. De modo que cuando ésta tuvo noticia de las grandezas de Asia a causa de la bondad del terreno, la multitud de pobladores y la abundancia de riquezas, despreció no sólo a Menelao, sino también a Agamenón [12] y a Grecia entera; y prefirió aquellas cosas a éstas. Menelao, por su parte, no sólo vivía anteriormente sometido en todo a Helena, sino que después de haber conseguido una cautiva, trataba a su mujer con gran consideración. Y Agamenón, engreído a causa de su poder, menospreció a Clitemestra, de modo que estaba claro que no se aguantarían el uno al otro, sino que las cosas serían prácticamente como luego sucedieron [12](#) . Porque Criseida ni siquiera se alegró cuando Agamenón dijo aquellas cosas, y eso que fue públicamente en la asamblea de los aqueos, a saber, que la prefería a su propia mujer y que en nada la consideraba inferior. Pues sabía que [13] aquellas palabras provocaban envidia y celos. Y, por Zeus, veía el carácter de Agamenón, que no era estable sino engreído e insolente, y consideraba lo que haría con ella, que era una cautiva,

cuando dejara de desearla, siendo así que mencionaba en términos tan negativos a su propia mujer, que era reina y de la que había tenido sus hijos. Las mujeres insensatas se alegran con sus amantes cuando les parece que ultrajan a las demás. Pero las inteligentes se fijan en el carácter del que hace y dice tales cosas.

A la vez se daba también cuenta de que se portaba con [14] ella misma insolentemente, y ello cuando estaba más enamorado. Pues el rechazar de esa manera al padre de su amada y no tratarle con miramiento por ella, y no ya intentar tranquilizar al anciano diciéndole que su hija no tenía nada que temer, sino al contrario, no sólo amenazarle a él, sino ultrajar a Criseida cuando decía:

*Pero a ella no la libertaré antes de que la vejez la alcance  
en mi casa de Argos, lejos de su patria,  
mientras trabaja en el telar y comparte mi lecho* [13](#) .

¡Qué gran arrogancia! ¿Qué no hubiera hecho después, cuando estando enamorado hablaba así de ella? Por lo tanto, guardarse frente a estas cosas y preverlas es propio de una mujer nada vulgar. Y lo que sucedió en Argos a Casandra y [15] al mismo Agamenón demostró, creo yo, que Criseida era inteligente como para salvarse a sí misma de aquellos males. Por consiguiente, el que no se ensoberbeciera por el amor, ni por la realeza ni por las cosas que parecían ilustres y nobles ella que era una jovencita, ni se dejara arrastrar a situaciones de riesgo ni a una familia complicada, ni a la envidia ni a los celos, es propio de una mujer prudente, y digna, en realidad, de ser la hija de un sacerdote, educada en la casa de un dios.

INT .—¿Qué dices, pues? ¿Concluyes que por estas cosas Agamenón la consideraba inteligente?

[16] DIÓN .—De ningún modo. Pues no era lógico que ella le dijera nada por el estilo, sino que él lo comprendió por los demás detalles.

INT .—Entonces, ¿por qué el poeta no afirma que se marchó alegre, como dice que Briseida se fue triste [14](#) ?

DIÓN .—Porque hasta en eso obró ella con prudencia, para no exasperar a Agamenón ni inducirle a reñir. Pero el poeta lo deja entrever, sin embargo, cuando dice que ella fue entregada por Odiseo a su padre junto al altar:

*Habiendo hablado así, la puso en sus manos, y él recibió alegre a su hija amada [15](#) .*

Pues, creo yo, el padre no la hubiera recibido alegre si ella hubiera estado triste. Ni posiblemente la hubiera llamado «amada» a no ser que ella amara a su padre por lo sucedido.

INT .—Bueno. Pero ¿por qué Criseida se hacía estas reflexiones [17] que mencionas tú mejor que Crises por su propia cuenta?

DIÓN .—Porque era lógico que Criseida se interesara más bien por lo que se refería a Clitemestra. Pero si, incluso cuando el padre era el que se hacía estas reflexiones, ella estaba de acuerdo y le daba la razón, tampoco esto era un asunto sin importancia. Pues en efecto, muchas mujeres, insensatas ellas, aman a sus enamorados más que a sus padres.

INT .—¿Por qué, pues, ya que era persona sensata, no impidió a Crises que suplicara en público a Agamenón para que se disgustara menos?

DIÓN .—Porque sabía que los enamorados prefieren en [18] todas las ocasiones entregarse en privado al amor, pero a veces sienten respeto ante la multitud, y pensaba

que las ínfulas del dios tenían un cierto poder ante la muchedumbre, como así ocurrió.

INT .—Pero estoy pensando una cosa. ¿Cómo pudo ocurrir que Agamenón se enamorara entonces de la hija del sacerdote, y más tarde, de Casandra [16](#) , joven poseída por un dios y sagrada?

DIÓN .—Porque también esto es señal de arrogancia y de lujo, el desear más las cosas prohibidas y raras que las realizables.

INT .—No niego que Criseida fuera prudente, si las cosas sucedieron así.

DIÓN .—¿Preferirías tú oír cómo sucedieron realmente las cosas o cómo estaría bien que hubieran sucedido?

<sup>1</sup> El aludido es Crises, sacerdote de Apolo. Su hija es Criseida, la que da título a este discurso de Dión. El sacerdote vino para rescatar a su hija portando los signos del dios y el consiguiente rescate. El menosprecio de Agamenón provocó la peste en el ejército griego (cf. *Ilíada* I 10 ss.).

<sup>2</sup> Cf. este juicio de Agamenón sobre Criseida en *Ilíada* I 113-115.

<sup>3</sup> Ciudad portuaria de la Tróade, que Homero relaciona con Cila y la isla de Tenedos, como centro del culto de Apolo, que allí tenía un templo (cf. *Ilíada* I 37-38).

<sup>4</sup> *Ilíada* I 113-115.

<sup>5</sup> *Ilíada* II 477-478: «semejante a Zeus, que se deleita con el rayo, en los ojos y en la cabeza».

<sup>6</sup> Era la cautiva que había tocado en suerte a Aquiles, que mató a su esposo y a sus hermanos para convertirla en esclava propia. Cuando Crises vino para rescatar a su hija Criseida, Aquiles tuvo que renunciar a Briseida en favor de Agamenón, lo que provocó la cólera del héroe (cf. *Il.* I 184 ss.).

<sup>7</sup> Se refiere el Interlocutor de Dión a lo que éste se proponía en el § 1 de este mismo discurso.

<sup>8</sup> Pélope, padre de Atreo y Tiestes, era, según una tradición, oriundo de Frigia en Asia Menor. Establecido en territorio griego, dio nombre a la península del Peloponeso.

<sup>9</sup> Tindáreo y Leda, reyes de Esparta, eran los padres de Clitemestra y de Helena, entre otros hijos que tuvieron. A Tindáreo le sucedió en el trono de Esparta Menelao, esposo de Helena.

<sup>10</sup> Eran los Dioscuros o hijos de Zeus y Leda, la mujer de Tindáreo. En el discurso XI, Dión se sorprende de que estos dos hermanos no movieran un dedo en la hipótesis —que él niega— del rapto de Helena, cuando en otro rapto, hicieron la guerra nada menos que a Teseo de Atenas.

<sup>11</sup> Meleagro, hijo de Oineo y Altea de Calidonia en Etolia, fue uno de los argonautas que fueron en busca del vello cino de oro en la nave Argos. Su madre era hermana de Leda, la mujer de Tindáreo.

<sup>12</sup> Es evidente que Dión alude al resultado de las relaciones entre Agamenón y Clitemestra. Como se sabe, la esposa infiel acabó asesinando a su marido y a Casandra cuando éstos volvieron de la guerra de Troya.

<sup>13</sup> *Ilíada* I 29-31. Es el principio de la negociación, cuando Agamenón mantiene una actitud de dureza y frialdad frente al anciano sacerdote.

<sup>14</sup> *Ilíada* I 348. Briseida, en efecto, salió de mala gana de la tienda de Aquiles para pasar a la de Agamenón.

<sup>15</sup> *Ilíada* I 446-447.

<sup>16</sup> Casandra era hija de Príamo y Hécuba. Enamorado Apolo de ella, le confirió el don de la profecía. Pero cuando ella rechazó el amor del dios, Apolo la castigó a que nadie creyera en sus predicciones. Fue lo que ocurrió con el famoso caballo de madera. Caída Troya, formó parte del botín de Agamenón y murió, como él, víctima de Clitemestra.

LXII

## SOBRE LA REALEZA Y LA TIRANÍA

## INTRODUCCIÓN

El discurso LXII ofrece algunas aporías acerca de su carácter de discurso. La forma de empezar sugiere una referencia a fragmentos anteriores. Y el final deja pendiente una larga pregunta múltiple a la que no se da la respuesta consiguiente. Además, el título promete un trato de los dos temas, la realeza y la tiranía, cuando no se dice nada prácticamente de la segunda. Ya sabemos que Dión tiene una clara mentalidad demócrata de estilo griego. Amigo de la libertad, tiene la osadía de recomendar al emperador que se la conceda generosamente a sus súbditos.

De todos modos, el tema es recurrente en la obra de Dión, que ya dedicó a su estudio los cuatro primeros discursos de su colección. Para él, las figuras del buen rey y del tirano son diametralmente antagónicas. Como lo son las realidades positivas y su eventual corrupción. En este breve alegato, que bien pudiera ser desgajado de otro conjunto más extenso e importante, Dión juega a la antítesis y a la paradoja. Nunca podrá ser un buen rey, capaz de gobernar multitudes lejanas quien no sabe gobernarse a sí mismo, el más íntimo y cercano. Es como el que pretende ver el cielo y las estrellas cuando es incapaz de ver lo que pisan sus pies.

Pero todo lo que exige Dión del rey puede resumirse en la moderación y el dominio de sí mismo que lo conducen a un sentimiento innato de libertad. No debe dejarse dominar por los placeres, sino dominarlos y administrarlos. Ni debe dejarse arrastrar por resentimientos ni por ambiciones,

aunque tenga que arrostrar gastos para cimentar su poder de mandar y salvar.

El rey, en suma, debe poseer esas cuatro virtudes que el catecismo denomina cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, porque tienen algo de los puntos de apoyo fundamentales de la existencia humana. Las virtudes de las que careció, y de qué manera, el Sardanápalo que quedó en la memoria y en la tradición de los griegos. Pero el mal rey es como un ciego que ejerce de guía, como una regla torcida, como un león con corazón de ciervo, como un hierro más blando que la cera.

## SOBRE LA REALEZA Y LA TIRANÍA

En verdad, si alguien no es capaz de gobernar a un solo [1] hombre, aunque sea el más cercano a él, con el que realmente convive <sup>1</sup>, ni lo es siquiera de dirigir a una sola alma, la suya propia, ¿cómo podría reinar sobre incontables miríadas dispersas por todas partes, como haces tú <sup>2</sup>, y sobre muchos que habitan los confines de la tierra, a la mayoría de los cuales ni los ha visto ni los podría ver jamás, y cuya lengua ni siquiera entendería? Pues sería lo mismo que si alguien dijera que uno, tan impedido de la vista que no puede ver ni siquiera lo que tiene a los pies sino que necesita un lazarillo, llega con su vista hasta los objetos más alejados, como los que desde el mar ven a lo lejos las montañas y las islas; o como si uno que no puede hablar a los que están a su lado fuera capaz de hablar y hacerse entender de pueblos enteros y de ejércitos. Pues el entendimiento tiene algo similar [2] a la vista. Cuando ésta se encuentra estropeada, no puede ver ni siquiera lo que está más cerca, pero cuando está sana alcanza hasta el cielo y las estrellas. Esto mismo pasa con la inteligencia del hombre sensato, que es capaz de gobernar a todos los hombres, mientras que la del insensato no puede custodiar ni siquiera a una sola persona ni a una sola casa.

Pues la mayoría de los que están instalados en el poder, como les está permitido recibirlo todo, lo desean todo; como la justicia reposa sobre ellos, por eso son injustos; como no temen las leyes, creen que ni siquiera existen; como no están obligados a trabajar, nunca cesan de vivir en el lujo; como nadie se defiende cuando es ultrajado, nunca dejan

de ultrajar; como no carecen de ningún placer, nunca se hartan de placeres; como nadie los censura en público, no se privan en absoluto de injustas habladurías; como nadie los quiere disgustar, por ello se enfadan con todos; como a los que están irritados se les permite hacer todo, por eso se irritan [3] continuamente. En cambio, el buen gobernante, como tú, adopta una actitud contraria. Nada ambiciona porque piensa que lo tiene todo; es parco en el uso de los placeres porque no se vería privado de ninguno que le apeteciera; es más justo que los demás dado que administra justicia para todos; disfruta con el trabajo, porque trabaja con gusto; ama las leyes porque no las teme.

Y tiene razón al pensar así. ¿Pues quién tiene necesidad de mayor sensatez que el que delibera sobre temas tan importantes? ¿Quién necesita una justicia más exacta que aquel que es más grande que las leyes? ¿Quién, una prudencia más constante que aquel a quien todo le está permitido? [4] ¿Quién necesita mayor valentía que aquel que es el protector de todo? Más aún, el que ha de gobernar sobre otros muchos, necesita hacer, por una parte, toda clase de gastos, por otra, necesita ejércitos, tanto de infantería como de caballería, y además, murallas, naves y máquinas de guerra, si pretende tener sometidos a sus súbditos, y defenderse de sus enemigos, y si alguien se aparta de su autoridad, reducirlo a su dominio. Pero el dominarse uno a sí mismo es lo menos costoso de todo, lo menos complicado, lo menos arriesgado. Pues la vida del hombre que se domina a sí mismo ni es costosa, ni trabajosa ni inestable. Pero, sin embargo, siendo así, resulta la más difícil de todas.

Cuando aquel famosísimo Sardanápalo <sup>3</sup> poseía Nínive y [5] poseía Babilonia, las ciudades más importantes de las que existieron en la antigüedad, le estaban sometidas todas

las gentes que habitaban el segundo continente <sup>4</sup> hasta las partes llamadas desérticas de la tierra. Pero de la realeza no le iba nada, no más que a cualquiera de los cadáveres putrefactos. Porque lo que es deliberar, o juzgar o dirigir el ejército <sup>5</sup> ni quería ni podía. Y cuando estaba en palacio, retirándose al [6] gineceo, permanecía sentado con las piernas encima de un lecho de oro, lo mismo que Adonis cuando es llorado por las mujeres <sup>6</sup>, hablando con voz más aguda que los eunucos, inclinando el cuello, pálido y tembloroso por la ociosidad y la oscuridad, lívido de cuerpo, vueltos los ojos como si se estuviera ahogando; de forma que no era posible distinguirlo de las concubinas. Y sin embargo, retuvo el poder, al parecer, durante algún tiempo, llevado por el azar, como una nave sin timonel, arrastrada muchas veces por el mar sin nadie que la dirija, a la aventura, mientras reina el buen tiempo. Luego, un pequeño movimiento de mar que se levanta, [7] una única ola fácilmente la sumerge. Igualmente es posible ver un carro dando vueltas en la batalla sin que nadie lleve las riendas, el cual no conseguirá posiblemente la victoria, pero siembra la confusión y hasta la destrucción entre la multitud de espectadores que están cerca.

Pues no podrá haber jamás un rey insensato, como no podría un ciego llegar a ser guía del camino; ni un rey injusto, como no podría una regla ser torcida, desigual y necesitada de otra regla; ni cobarde, como no podría haber o un león con espíritu de ciervo o un hierro más blando que la cera o el plomo. En cambio, ¿quién tiene un dominio de sí mismo más estricto que el que vive en medio de los mayores placeres, el que administra los asuntos más importantes, el que disfruta de menos tiempo libre y el que se preocupa de los asuntos más importantes y numerosos?

<sup>1</sup> Se supone que se trata del individuo que no sabe gobernarse a sí mismo.

<sup>2</sup> Probablemente, Trajano, amigo y admirador de Dión.

<sup>3</sup> Sardanápalo, la versión griega de Asurbanipal, el último de los grandes conquistadores asirios (668-625 a. C.), dejó honda huella en el recuerdo de los griegos. Por HERÓDOTO (II 250, 3) sabemos de sus inmensas riquezas. De su molicie y costumbres afeminadas nos llegó la noticia a través de Ctesias, el médico de Artajerjes II, a quien acompañó en la batalla de Cunaxa.

<sup>4</sup> Se trata de Asia, considerada por los griegos como «el otro» continente.

<sup>5</sup> Tres actividades, propias de un ciudadano de primera línea: presidir el Consejo, administrar justicia y dirigir el ejército.

<sup>6</sup> Lo era en las Adonias, fiestas en honor de Adonis, que duraban dos días. En el primero prevalecían los lamentos por la muerte del dios. En el segundo, las mujeres se entregaban a una desenfundada alegría por su resurrección. Cf. ARISTÓFANES , *Lisístrata* 389.

LXIII

## SOBRE LA FORTUNA (I)

## INTRODUCCIÓN

Este discurso es el primero de una serie de tres, dedicados al tema de la Fortuna, un tema que hace furor en las épocas helenística y romana, al que varios autores dedicaron su atención. Cuando quiebra el concepto de la polis, cuando el mundo griego se abre a nuevos horizontes y mentalidades, cuando la filosofía penetra con decisión en el campo de la religión, aparece una diosa a la que se atribuyen los éxitos o los fracasos de la vida. Si no son los dioses los responsables de los sucesos, si es el azar caprichoso, hay que tratar de intervenir de alguna manera en ese azar. En consecuencia, la Fortuna, personificación del azar, es objeto de un culto creciente, primero entre los griegos y luego en los ambientes romanos. En las representaciones, la Fortuna solía llevar en la mano el cuerno de la abundancia o un timón.

Otro problema planteado por los críticos desde la Antigüedad es el de la autenticidad de este discurso. Von Arnim la niega por dos razones fundamentales: a) La presencia del hiato, descuido incomprensible en un sofista cuidadoso como era Dión. Es de por sí un argumento suficiente para cuestionar la autenticidad en autores como Dión o Plutarco, ambos contemporáneos, preocupados ambos por criterios similares de pureza estilística; y b) La escasa gracia con que el autor trata y desarrolla el tema. Pero este argumento siempre tiene el riesgo de subjetivismo.

El autor recurre, como acostumbra, a numerosas comparaciones, particularmente, a las de la vida marítima.